









# **Elogio de la desobediencia**

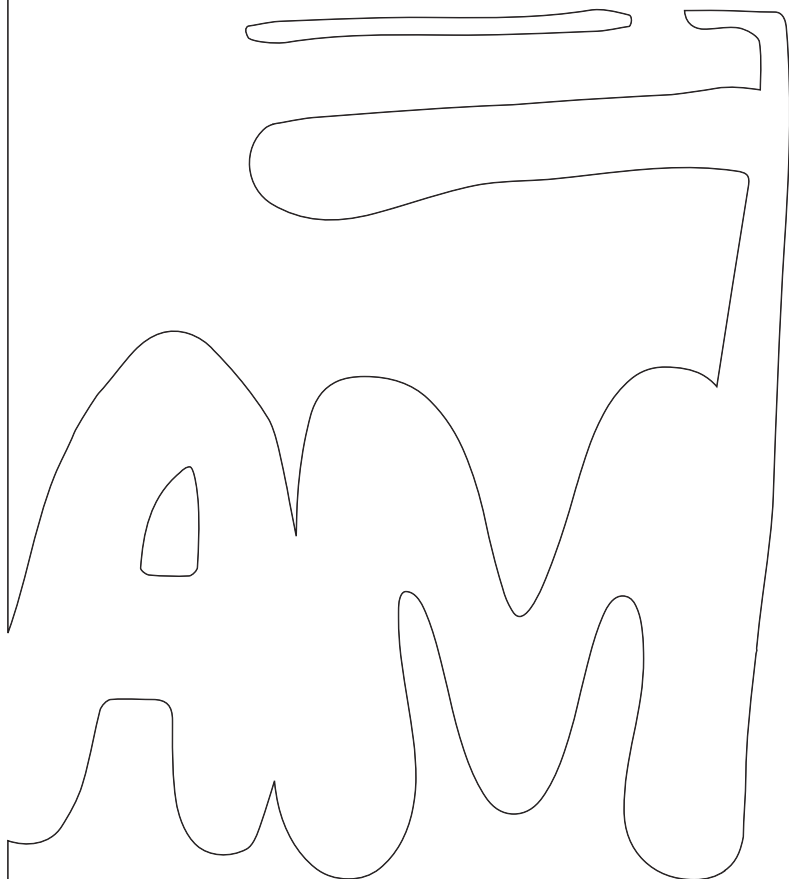
Colección

La espuma de los días

6

# Elogio de la desobediencia

Adam Michnik



Edición y traducción de **Maciej Stasiński**



**Título:** *Elogio de la desobediencia*

© Adam Michnik, 2024

© De la traducción del polaco, Maciej Stasiński, 2024

© De la selección de textos, del prólogo y de la entrevista, Maciej Stasiński, 2024

© De esta edición, Ladera Norte, 2024

Esta edición ha contado con el apoyo del



**Primera edición:** octubre de 2024

**Diseño de cubierta y colección:** ZAC diseño gráfico

© Detalle fotográfico de cubierta: Adam Michnik, fotografía de Sławomir Kamiński | Agencja Wyborcza

Símbolo: dibujo de línea creado a partir del logotipo de Solidarności (Solidaridad), de Jerzy Janiszewski

Publicado por Ladera Norte, sello editorial de Estudio Zac, S.L.  
Calle Zenit, 13 · 28023, Madrid

**Forma parte de la comunidad Ladera Norte:**

**[www.laderanorte.es](http://www.laderanorte.es)**

Correspondencia por correo electrónico a: [info@laderanorte.es](mailto:info@laderanorte.es)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones que marca la ley. Para fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra, dirjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos), en el siguiente enlace: [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-1285-018-5

Depósito Legal: M-16645-2024

Impreso en España

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad





## Índice

Prólogo de Maciej Stasiński .....	7
Entrevista de Maciej Stasiński a Adam Michnik.....	19
Elogio de la desobediencia.....	33
La nueva vía evolutiva.....	35
Carta del preso al carcelero .....	49
El Quijote y los insultos.....	55
El dilema .....	79
El gris es un hermoso color.....	109
La trampa de la conciencia limpia .....	123
Los palurdos y los ángeles .....	151
La independencia recuperada y los demonios de la Revolución de Terciopelo .....	167
Sájarov, la conciencia y el «nuevo populismo» .....	189
Dios, el Diablo y el amigo Vasek .....	209
A la muerte de Aleksiey Navalny, epitafio .....	245



## Adam Michnik, tratado moral o la reivindicación del intelectual comprometido

El pasado siglo XX vio cómo dos grandes totalitarismos se apoderaron de buena parte del mundo y la asolaron, desataron guerras devastadoras y campañas genocidas que sembraron decenas de millones de víctimas en nombre de utopías-distopías de raza, nación o clase.

Filósofos, intelectuales, escritores y otras mentes lúcidas sucumbieron al poder seductor o coercitivo de los grandes proyectos que prometían la emancipación de pueblos y naciones, y cayeron víctimas de una incomprensible y súbita ceguera ante regímenes exterminadores que buscaban plasmar sus delirios ideológicos.

Personajes ilustres e ilustrados cedieron al embeleso de ideologías redentoras y procuraron explicar los más horrendos crímenes contra la humanidad, sin precedentes, en nombre de supuestas e inexorables leyes dialécticas de la historia o justificarlos como sacrificios necesarios en nombre de abstractas quimeras que salvarían a la humanidad, la raza o la nación. Los dos totalitarismos —el nazi/fascista y el comunista— parecían repartirse el botín de un Occidente en su ocaso, aplaudidos por sus compañeros de viaje y saludando el sepelio de la decadente Europa liberal.

Los ejemplos de Martin Heidegger, Carl Schmitt, Giovanni Gentile, Robert Brasillach, Luis-Ferdinand Céline y Mircea Eliade, o de Jean Paul Sartre, Maurice Merleau-Ponty y André Malraux, entre muchísimos otros, marcan aquellos viajes intelectuales al «corazón de las tinieblas» que emprendieron decenas de europeos de mentes lúcidas, ciudadanos de la *République des lettres* para dejar aciagos capítulos de perversión intelectual en la historia de las ideas.

El siglo XX trajo una versión esperpéntica y monstruosa de la «traición de los intelectuales» que Julien Benda atisbó precozmente en 1927 al denunciar el compromiso de los pensadores, escritores y artistas con causas y pasiones mundanas y circunstanciales, políticas e ideológicas, sacrificando su deber de velar por la verdad, la razón, la justicia y la libertad de juicio, desinteresado y crítico, frente a la realidad histórica contingente.

El longevo abrazo a la revolución bolchevique y al comunismo de los intelectuales que durante décadas permanecerían inasequibles al desaliento e inmunes a la evidencia de los crímenes de masas del estalinismo y del maoísmo, o de otros, quizás menos numerosos, al nazismo, fascismo, nacionalismo u otras versiones de cruzadas o dictaduras de signo contrario, contribuyó al descrédito completo de la figura de «intelectual comprometido» o *public intellectual*, capaz de traicionar la causa del humanismo, la libertad y la verdad en nombre de una redención imaginaria mediante dialécticas acrobacias y malabarismos éticos.

Los escritos que el presente volumen recoge constituyen una reivindicación de la vocación de un intelectual comprometido en toda regla. Desde su adolescencia, las traiciones de los intelectuales durante el siglo XX han sido para Adam Michnik, hijo de comunistas desencantados, una lección y una advertencia contra el peligroso abrazo de quimeras escatológicas o soluciones finales al enigma de la historia sean del signo que sean. Y constituyen el norte de sus exploraciones e inquietudes intelectuales durante toda su agitada vida.

Pero Adam Michnik nunca se detuvo en el mero ejercicio intelectual, o en la reflexión moral en permanente alerta para denunciar las trampas y traiciones de los intelectuales de nuestro tiempo. La suya es una vida consagrada a demostrar que un hombre puede pensar, hablar y escribir, pero también actuar de modo congruente; es decir, vivir y actuar en la vida pública de acuerdo con sus convicciones y principios, incluso contra viento y marea. Que la teoría y la práctica, creencia y comportamiento, en la vida del hombre, pueden ir de la mano por difícil que resulte. O, al

menos, si la debilidad puede más que la firmeza, que cabe y vale la pena intentarlo.

Los ensayos que hemos seleccionado y ofrecemos al lector son sólo un puñado de los abundantes escritos que Adam Michnik ha publicado a lo largo de medio siglo de vida intelectual. Y deben leerse precisamente a la luz de la vida de un hombre de acción, testigo a la vez que protagonista de su tiempo.

En la primavera de 1968, pocas semanas después del brutal aplastamiento policial de las manifestaciones estudiantiles en Varsovia y varias ciudades polacas contra el régimen comunista y su férrea censura impuesta a todo lo que se quisiera publicar, estrenar o exhibir, un oficial del servicio de Seguridad (la temible policía política SB) volvía a interrogar a uno de los tercios cabecillas de la revuelta estudiantil detenidos que se negaba a confesarse culpable.

Adam Michnik tenía entonces 21 años y acababa de ser expulsado de la Facultad de Historia de la Universidad de Varsovia. Hijo de una familia de comunistas de origen judío, Adam Michnik llevaba ya varios años en la mira de la policía comunista debido a su militancia en los círculos juveniles y clubes de discusión disidentes, que le estaban aupando al rango de informal líder generacional de los disconformes. Semanas atrás había participado en manifestaciones de protesta contra la prohibición de una pieza teatral del poeta romántico polaco Adam Mickiewicz.

A diferencia de anteriores represiones del descontento popular, el castigo de la revuelta en aquel memorable marzo de 1968 adquirió por vez primera un explícito y deliberado cariz antisemita, con el cual el régimen comunista procuraba a la vez justificar la nueva política soviética de respaldo a los países árabes, tras su desastrosa guerra contra Israel, en 1967, y congraciarse con el antisemitismo popular, ideológicamente prohibido pero socialmente latente, y así subsanar su notoria impopularidad tocando la cuerda del nacionalismo tradicional. La feroz propaganda del régimen contra los «estudiantes alborotadores» se centró precisamente en su origen judío, lo que, unido al hecho de que muchos de ellos fueran hijas e hijos de miembros del Partido Comunista, venía como

anillo al dedo al régimen para guiñar un ojo al pueblo y alimentar la creencia popular en conspiraciones judeocomunistas en contra de las esencias nacionalcatólicas.

—Señor Michnik, escuche usted —decía el oficial de Seguridad comunista—. Acaba de meterse en graves problemas. ¿Y para qué? Es usted muy joven. Tiene toda una vida por delante. Sería una pena que una joven promesa como usted se pudriera en la cárcel. Le vamos a proponer una cosa: ¿por qué no se va a vivir a Israel?

—Mire, le propongo un trato: yo me iré a Israel cuando usted se vaya a Moscú —contestó el reo.

La insolente respuesta, insólita en aquellos años de represión policial de una dictadura que no toleraba que unos intelectuales, y menos unos estudiantes imberbes, desafiaran su poder, no se saldó con un viaje de Adam Michnik a Israel, pero sí con tres años de cárcel.

Junto a él fueron condenados a distintas penas de prisión varias decenas de los miles de detenidos durante aquella revuelta. Miles de estudiantes fueron expulsados de las universidades. Varios profesores destacados fueron destituidos, entre ellos Leszek Kołakowski y Zygmunt Baumann, que se harían mundialmente famosos una vez en el exilio.

La purga antisemita no se limitó a las filas del Partido Comunista y abarcó todas las instituciones públicas. Unos 20.000 polacos de origen judío fueron despedidos de su trabajo y expulsados del país. Casi todos eran sobrevivientes del Holocausto y habían permanecido en Polonia después de terminada la Segunda Guerra Mundial, a pesar del ambiente fúnebre que reinaba en las «tierras de sangre» donde habían muerto exterminados varios millones de judíos. Fueron obligados a renunciar a la ciudadanía polaca y abandonar Polonia «camino de Israel», con un permiso especial sólo de ida. A su consabida naturaleza totalitaria, la dictadura comunista añadía una nueva y sorprendente faceta: su rostro nacionalista y antisemita.

Adam Michnik resolvió quedarse, aun sabiendo que se quedaba para ir a prisión.

El citado diálogo con el funcionario de Seguridad comunista encierra una actitud independiente y rebelde, a la vez intelectual,

moral, cívica y política, que a partir de entonces mantendría toda su vida. La anécdota anuncia la coherencia entre lo que diría y cómo obraría en todos los años posteriores, pauta fundamental que cultivó cuando luchaba contra la dictadura, ayudaba al advenimiento de la democracia liberal durante la transición democrática y, más tarde, cuando una y otra vez salió en su defensa ante las recaídas y tentaciones autoritarias por los embates del nacionalismo y el populismo. La sintonía entre intelectual y hombre de acción vino a ser su marca de la casa, un rasgo nada frecuente entre otros renombrados intelectuales de nuestro tiempo: unos, porque optaron por cultivar sólo el mundo de las ideas en el que se sentían cómodos rehuendo el activismo cívico o político; otros, porque no consiguieron acoplar su acción pública con los principios y valores que profesaban.

Los sucesos de 1968 culminaron su etapa formativa como joven intelectual, al tiempo que marcaron su ruptura con el régimen y con el anhelo de poder reformarlo o liberalizarlo. Por aquellos años, los jóvenes estudiantes todavía compartían el sueño de un socialismo democrático, alentados por el famoso discurso de «deshielo» de Nikita Jrushchov, de 1956, donde denunciaba los crímenes de Stalin, muerto en 1953. El sueño de un socialismo democrático se esfumó en 1968. Primero, con la represión de la revuelta estudiantil de marzo. Luego, con la invasión soviética de Checoslovaquia, en agosto de aquel año, que le daría la estocada definitiva.

En marzo de 1968, pese a sus escasos 21 años, Adam Michnik arrastraba ya varios años de disconformidad y desobediencia con el ambiente imperante de la machacona ideología, mentira y censura; actitud que le había merecido la atención del régimen y sus servicios policiales. Expulsado de la secundaria por díscolo y pendenciero, tuvo que cambiar de instituto para llegar al bachillerato. Matriculado en Historia en la Universidad de Varsovia en 1964, fue detenido y suspendido varias veces por haber desafiado al régimen con sus impertinentes intervenciones en el seno del grupo de debate «Exploradores de contradicciones», que invitaba a dirigen-

tes para someterlos a toda clase de preguntas incómodas; también organizaban conferencias y mítines universitarios con profesores disidentes, como el ya citado filósofo Leszek Kołakowski.

A partir de los sucesos de marzo 68 y de la intervención militar soviética en Checoslovaquia para aplastar la Primavera de Praga, el comunismo como sistema y como ideología perdió irremediablemente los restos de un mermado atractivo que aún buscaban salvar los revisionistas, reformistas, disidentes y oportunistas creyendo en el «socialismo con rostro humano». Para las cabezas pensantes, el comunismo polaco, al asumir la cara de un nacionalismo antisemita y de represión sin miramientos contra toda libertad de expresión, acabó arruinando lo que aún pudiera quedar de su promesa de justicia social e igualdad.

—Para mí todo aquello supuso la ruptura definitiva con el régimen, que a partir de aquel momento fue para mí un régimen de anticultura y antivalores —declararía años más tarde Adam Michnik.

Comenzó entonces un periodo de maduración. Condenado a tres años, Michnik salió amnistiado tras haber purgado un año de prisión, pero el régimen le impidió seguir estudiando y, en un tan gracioso como vano afán por «reeducarlo», lo envió a trabajar como obrero raso a una fábrica de lámparas que, para más ironía, llevaba por patrona a la famosa militante y pensadora revolucionaria de comienzos del siglo XX, la judía polaca Rosa Luxemburgo.

Aquellos años de reflexión y maduración acabarían por aupar a Michnik al rango de pensador e intelectual independiente y consumado, escritor prolífico a la vez que militante antitotalitario y demócrata cabal. Aquella doble consagración llegó con la publicación de su primer libro, *La Iglesia, la izquierda, el diálogo*, y del ensayo «Nueva vía evolutiva», que abre la presente antología (ambos publicados en 1977), y con su adhesión a la primera organización de la oposición democrática polaca, el Comité de Defensa de los Trabajadores (KOR por sus siglas en polaco).

Quince años después de marzo 1968, Michnik replicó aquel precoz arresto por rebeldía y desafío a la dictadura, pero de una



forma pública, más elaborada y, si cabe, más sofisticada, y que le convertiría en poco menos que ídolo de la generación de Solidarność (Solidaridad). Arrestado de nuevo junto a otros militantes de la flor y nata del sindicato —desarticulado y declarado fuera de la ley tras el golpe militar en diciembre de 1981, un último coletazo violento del régimen comunista—, la dictadura le hizo una oferta: o bien aceptaba ir al exilio, o bien enfrentaría otro juicio y condena por atentar contra el socialismo.

Michnik contestó al régimen desde su celda mediante una carta al todopoderoso ministro del Interior, el general Czeslaw Kiszczak, que consiguió pasar de contrabando y publicar en un boletín clandestino de Solidaridad y que recoge la presente antología:

Su oferta de que yo acceda a pasar las Navidades en la Costa Azul me mueve a reconsiderar mi apreciación de tamaña idea [...]. Admite usted que el procedimiento penal emprendido por el régimen tiene por único objetivo deshacerse de adversarios incómodos, y no cumplir con la ley. Comparto esta opinión. [...]

Hay que ser imbécil para reconocer con tanta franqueza que se pisotea la ley. Hay que ser un cerdo para —siendo el jefe supremo de los carceleros— proponer la Costa Azul a cambio de un suicidio moral a una persona que lleva dos años presa. Hay que imaginar a toda persona como algo así como un topo policial para pensar que yo pueda aceptar semejante oferta.

Leída con extática fascinación en octavillas clandestinas mal impresas por miles de miles de miembros y militantes de Solidaridad que languidecían abatidos durante la larga noche de la represión de los años ochenta del siglo pasado, la carta tuvo un impacto sin par. Brilló como una chispa que reavivó y sostuvo la esperanza de que la libertad y la democracia no estaban del todo perdidas, mientras hubiera quienes las defendieran con tanto arrojo. El texto, que pasaba de mano en mano, levantaba los deprimidos ánimos, tanto más porque Michnik fue el único, de entre los once dirigentes de Solidaridad entonces presos, que repudió de modo

categorico, atrevido y público el chantaje «os vais del país o vais presos». El sonado «no» de Adam Michnik acabó con los titubeos y arrastró a todos a rechazar la envenenada oferta del régimen.

Cuando al poco tiempo el régimen rectificó y puso en libertad a los dirigentes detenidos, conminándolos a no reincidir, Michnik no quiso salir de la cárcel exigiendo debido juicio y condena en lugar de una humillante medida de gracia. Obligado por la fuerza a abandonar la prisión, volvió a las andadas como voz militante de la oposición, y al año siguiente volvió a caer preso. Condenado de nuevo a tres años de prisión, saldría amnistiado junto con otros presos políticos en 1986.

Para los jóvenes intelectuales, militantes y estudiantes polacos, el desafío que lanzó Michnik desde la cárcel en 1983 a la dictadura fue lo que para miles de obreros y trabajadores supuso la fortaleza del líder de Solidaridad, Lech Wałęsa, quien, tras un año de internamiento y lavado de cerebro por los emisarios del régimen, se negó a claudicar y, premiado con el Nobel de la Paz, cinco años más tarde conduciría al movimiento a pactar con la dictadura la transición democrática.

Entre los factores que pudieron haber influido en la relativa condescendencia de la dictadura con Adam Michnik estaba ciertamente el singular respeto que se había ganado entre sus máximos dirigentes a raíz de su insobornable entereza a lo largo de muchos años de abierta y locuaz militancia en la oposición. La cúpula del régimen comunista recordaba, por ejemplo, su papel de mediador, en mayo de 1981, en pleno «festival libertario» de Solidaridad, cuando entre el triunfo en las huelgas en Gdansk en agosto de 1980 y el autogolpe militar comunista en diciembre de 1981, una enfervorizada multitud puso sitio a una comisaría de la policía en las afueras de Varsovia para liberar a dos borrachos detenidos por haber lanzado piedras contra la policía. Fracasados los desesperados intentos de sindicalistas locales y del Gobierno de apaciguar a la exaltada turba dispuesta a incendiar la comisaría, linchar a los funcionarios y liberar a los detenidos, llegó al lugar, ya entrada la noche, Adam Michnik, quien logró calmar los ánimos, apelando

a la responsabilidad cívica y haciéndose obedecer cuando al coger un megáfono se presentó ante la multitud con el epíteto que le acostumbraba endilgar la propaganda del régimen: «Yo soy Adam Michnik, ¡fuerza antisocialista!, ¡en mí podéis confiar!».

Años después, una vez culminada la transición democrática, el jubilado dirigente comunista y expresidente, el general Wojciech Jaruzelski, reconocería aquella fama, mezcla de admiración y odio, de la que Michnik gozaba entre los dignatarios de la dictadura. El general Jaruzelski contaba cómo en 1988, cuando el régimen comunista —consciente de su incontenible ocaso y alentado por la perestroika de Mijaíl Gorbachov en la Unión Soviética— se disponía a entablar negociaciones con Lech Wałęsa y el aún clandestino sindicato Solidaridad, había pretendido no obstante vetar de la mesa de negociaciones a las dos «bestias negras», Adam Michnik y Jacek Kuron, dos veteranos de la oposición democrática e íntimos consejeros de Wałęsa. Wałęsa rechazó la pretensión del régimen de configurar su equipo de negociadores. El remate de la anécdota llegaría unos meses más tarde, cuando en febrero de 1989, el general Czesław Kiszczak, ministro del Interior y número dos del régimen, saludaba uno por uno a los miembros de la delegación del sindicato Solidaridad que iban llegando al palacio de Gobierno en Varsovia. Al tenderle la mano al último que esperaba, dijo:

—Bienvenido, señor Michnik, creo que nos conocemos por carta.

—Buenos días, mi general, pero creo que usted nunca contestó mi carta. Y no es de buena educación dejar de contestar cartas, ¿no cree?

Michnik participaría en las famosas negociaciones de la Mesa Redonda y fue uno de los más importantes autores de los pactos que pusieron en marcha la transición.

En el verano de aquel mismo año, consumada la estrepitosa derrota del régimen comunista en las primeras y todavía semidemocráticas elecciones parlamentarias, Adam Michnik, entonces ya director del primer diario independiente del país, la *Gazeta Wyborcza*, desconcertó a los dirigentes del propio sindicato y a la

opinión pública, conminando a Solidaridad a asumir el gobierno de Polonia en una inédita cohabitación con el régimen comunista que, aunque estaba moribundo, aún conservaba resortes clave del poder como las Fuerzas Armadas y la Policía.

Su artículo, en portada, titulado «El presidente para vosotros y la jefatura del Gobierno para nosotros», causó un terremoto y le acarreó acusaciones de irresponsabilidad y aventurerismo, cuando no de enajenación y locura, por parte los máximos dirigentes de la oposición. Quien en cambio captó la idea al vuelo, gracias a su animal instinto político, y la puso en práctica, fue Lech Wałęsa; dos meses más tarde Polonia obtuvo su primer Gobierno democrático, el cual sentaría las bases para la transición hacia la democracia y la economía de mercado.

Precedida de una entrevista reciente que pone al día una de las mayores preocupaciones de Adam Michnik —el encaje de Rusia en Occidente—, la antología de ensayos que el lector tiene ahora en sus manos arranca, como ya se ha dicho, con la temprana «Nueva vía evolutiva», de 1977. Incluye textos seleccionados de entre los muchos escritos décadas después, desde la prisión y en libertad, y dedicados a las grandes cuestiones y gestas de la cultura moderna, debatiéndose entre los totalitarismos y la democracia liberal, las dictaduras pardas y rojas, entre la libertad y la opresión, la fe y la razón, y a sus célebres y eminentes protagonistas y pensadores, como Leszek Kołakowski, Andréi Sájarov, Thomas Mann o Václav Havel.

Hoy algunos de estos ensayos parecen tener un interés puramente histórico, en tanto crónicas y reflexiones sobre un pasado problemático, turbulento, dramático o hasta trágico, pero pasado al fin. Pero para el lector español esas incursiones casi arqueológicas tienen el aliciente del paralelismo de España y Polonia en su recorrido para salir de largas dictaduras, y en el compartido sustrato católico, mucho más vivo entre los polacos. Además, la tenaz denuncia de las posiciones antiliberales desde el punto de vista de un demócrata escéptico nos remite con naturalidad al presente. Otros escritos posteriores, en cambio, publicados cuando Polonia llevaba

ya años en la OTAN y la Unión Europea como país soberano e independiente y gozaba de una la democracia liberal, suenan aún hoy a temprana o clarividente advertencia o profecía de posibles recaídas autoritarias y rebrotes de nacionalismos populistas, latentes en muchos países de la «nueva» Europa central y del Este y que pronto aparecerán también en la «vieja» Europa.

Pero todos ellos adquieren otro significado si son leídos en clave biográfica, como manifiestos de un personaje que piensa y actúa en consecuencia, siempre alerta y atento al tiempo que le ha tocado vivir y dispuesto a dar la cara ante los dilemas morales que la realidad le plantea. Entonces ascienden hasta convertirse en un tratado moral de nuestros tiempos, escrito por un hombre libre que pretende escarmentar con las lecciones del pasado para no caer en nuevos errores en el futuro.

**Maciej Stasiński**, septiembre de 2024



# La Rusia de Putin no es la Rusia de Pushkin

Entrevista de

**Maciej Stasiński** a **Adam Michnik**

2024





**Maciej Stasiński:** Durante toda tu vida intelectual has venido combatiendo el tópico de que Rusia es una tiranía eterna que no tiene remedio, donde los gobernantes —zares, emperadores o caudillos comunistas— someten al pueblo con despiadada violencia a la servidumbre o la esclavitud. Los rusos, según esta tesis, son un pueblo de siervos resignados innatos, incapaces de pensar en libertad y aspirar a la libertad, siempre agachados ante el látigo del déspota, como si llevaran la sumisión en la sangre. Tú siempre, hablando o escribiendo, has defendido la «otra Rusia»: indómita, rebelde, democrática y liberal. Durante la época comunista y después te has declarado un «rusófilo antisoviético». La guerra neoimperialista de Rusia para reconquistar Ucrania vuelve a someter esa tesis, y tu rechazo de ella, a prueba. ¿Dónde está la otra Rusia?

**Adam Michnik:** No existen pueblos, naciones o países condenados por naturaleza a vivir en la esclavitud, servidumbre o bajo tiranías o dictaduras. Sólo existen maneras estereotipadas de verlos exclusivamente a través del prisma de sus dramas o tragedias. Hubo un tiempo en el que Francia era vista como un país incapaz de ser una democracia, pues, cuando era una monarquía absoluta, vivió una revolución que instauró el terror jacobino y después, bajo Napoleón, se convirtió en un Estado proto o pre-totalitario. Así veían Francia, por ejemplo, varios historiadores británicos, empezando por Edmund Burke, coetáneo de la Revolución. También en Polonia, un gran poeta del siglo XIX, Cyprian Kamil Norwid, escribió que «ningún rey polaco terminó en el patíbulo», aludiendo precisamente a Francia. Bien es verdad que algún rey de Inglaterra sí había terminado decapitado.

Yo sigo pensando que el tópico de los rusos como un pueblo de cobardes, esclavos, siervos, soplones, traidores, ladrones, borrachos y corruptos es falso y peligroso. Para demostrarlo ahí están personajes como Antón Chéjov, Piotr Chaadáyev, Aleksandr

Herzen, Visarión Belinski o Iván Turguénev, por hablar del siglo XIX. Y todo un elenco de grandes humanistas, escritores, poetas e intelectuales que se rebelaban contra la tiranía y la dictadura en el siglo XX: Mandelshtam, Pasternak, Ajmátova, Grossman, Brodsky y demócratas contemporáneos como Sobchak, Yakovlev, Politkovskaya, Yerofieyev, Nemcov, Kasparov o Navalny.

**MS:** Esos personajes, por ilustres que sean, no han conseguido cambiar la historia de Rusia desde el Imperio de los zares, pasando por el Imperio rojo, hasta hoy, el neoimperio de Vladímir Putin. Para parafrasear al Premio Nobel Czesław Miłosz, estas piedras no han conseguido cambiar el rumbo de la avalancha, según el famoso verso de su *Tratado Moral*, «La avalancha cambia de rumbo según qué piedras encuentre en su camino».

**AM:** Eso parece, pero no estoy de acuerdo. Vayamos por partes. ¿Cómo vamos a recordar el día de hoy dentro de algunos años? Primero, como el tiempo que vino después de la debacle del Imperio soviético en 1991. En los años que siguieron al derrumbe, habló por fin la Rusia antes callada. Creo que desde la perestroika de Gorbachov hasta más o menos la guerra en Georgia, Rusia vivió una especie de renacimiento espiritual, intelectual y hasta democrático y político. Faltó la reconstrucción económica, que fue quizás la causa de que finalmente la democracia perdiera, pero ese es un tema aparte. ¿Fue inexorable, fue inevitable esa derrota?

Cosas parecidas habían ocurrido ya en 1917, cuando triunfó la revolución de marzo, con un Gobierno democrático, partidos políticos y prensa libre, situación que se mantuvo hasta el golpe de Estado de los bolcheviques. De nuevo: aquel golpe, ¿acaso fue inevitable como una fatalidad histórica?

Es una falacia. No existen fatalidades históricas, sólo hay acontecimientos y procesos que ocurren y dependen de las acciones de los hombres. Existen, eso sí, premisas, condiciones que hacen posibles algunos sucesos u otros, pero no existen destinos inexorables.

Antes, a mediados del siglo XIX, bajo el reinado del zar Alejandro II, Rusia emprendió el camino de las reformas moderni-